

Cuentos completos





Cuentos completos



KINGSLEY AMIS

*Traducción del inglés a cargo de
Raquel Vicedo*



IMPEDIMENTA



Título original: *Complete Stories*

Primera edición en Impedimenta: abril de 2015

Complete Stories

Copyright © 2011, The Estate of Kingsley Amis

All rights reserved

Copyright de la traducción © Raquel Vicedo, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez



Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

ISBN: 978-84-15979-58-6

Depósito Legal: M-11069-2015

IBIC: FC

Impresión: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DE LOS EDITORES

Incisiva, mordaz, satírica, oscura, juguetona, crítica, humorística... Con todos estos adjetivos y muchos más se ha descrito la prosa de Kingsley Amis, y es en sus relatos donde podemos encontrar la mejor muestra de su estilo y peculiaridades. Al menos, eso debieron de pensar hace un par de años los editores de la prestigiosa editorial británica Penguin cuando decidieron publicar un volumen en el que se reunían por primera vez los cuentos completos de uno de los más reconocidos maestros de la edad de oro de la narrativa inglesa.

Kingsley Amis es quizá el máximo exponente del movimiento de los Angry Young Men, una generación de escritores de extracción obrera y de clase media, entre los que se encontraban autores como Alan Sillitoe, Harold Pinter, John Braine o Philip Larkin. Nombres que revolucionarían la literatura inglesa del pasado siglo en un grupo del que Amis se distanciaría una vez abjuró de su ideología comunista, para terminar convirtiéndose en el escritor quisquilloso, inmovilista, clasista declarado, irónico y políticamente incorrecto que acabaría siendo años más tarde.

Sus *Cuentos completos*, tal y como los presentamos ahora, en una edición exhaustiva que sigue el orden cronológico en que se escribieron durante más de cinco décadas de trabajo creativo, constituyen un marco incomparable para conocer la evolución, en todos los sentidos, de este prolífico autor.

Veinticuatro historias que pueden leerse como una crónica de las preocupaciones creativas de Amis y que basculan entre lo satírico y lo conmovedor, explorando diversos géneros literarios, desde la ciencia ficción hasta los mundos oníricos, pasando por temas clásicos como el terror o el misterio, sin olvidar esa crítica mordaz a la sociedad y el *establishment* de su tiempo. En sus primeros relatos (como «El enemigo de mi enemigo» o «Comisión de investigación»), el objeto de sus iras es una institución tan antigua como la del ejército, pero este objetivo se va ampliando a diversos ámbitos del mundo que le rodea según vamos avanzando. Así, mientras en «Sangre en las venas» arremete contra los trabajadores sociales, en «Fatigas y problemas» carga las tintas contra un grupo tan cercano a él como lo son los escritores frustrados y los agentes literarios. A lo largo de la lectura nos encontramos con extraterrestres («Hemingway en el espacio»), con los viajes en el tiempo de un grupo de amantes de las bebidas alcohólicas («Los amigos del morapio» o «El clarete de 2003»), con una parodia de Sherlock Holmes protagonizada por el doctor Watson («El misterio de Darkwater Hall»), con el padre de Elizabeth Barrett Browning en su desesperado intento por impedir el matrimonio de su hija con el poeta Robert Browning («El secreto del señor Barrett») y hasta con el propio Amis como protagonista de un suceso paranormal («¿Quién o qué era?»). Relatos en los que se abordan temas fundamentales como la política o la religión, y que nos muestran a un Amis plagado de manías, obsesiones y con un estado de ánimo en constante cambio.

Quienes conozcan a Amis y su obra reconocerán enseguida las semillas de las grandes novelas que le convirtieron, según *The Times*, en uno de los diez mejores novelistas británicos posteriores a 1954. Quienes tengan la fortuna de iniciarse por primera vez en la prosa de Kingsley Amis con estas historias se toparán sin duda con un derroche de humor e imaginación. Facultades, ambas, que muestran el inconfundible ingenio de uno de los escritores más amados y controvertidos del Reino Unido.

LOS EDITORES

Cuentos completos



AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las siguientes publicaciones la confianza que depositaron en mí al publicar por primera vez los relatos que se citan a continuación:

«El enemigo de mi enemigo» en *Encounter*, 1955

«Comisión de investigación» en *The Spectator*, 1956

«Espío a desconocidos» en la colección *El enemigo de mi enemigo*, Victor Gollancz Ltd., 1962

«Sangre en las venas» en *Esquire*, 1958

«Toda la sangre que hay en mí» en *The Spectator*, 1962

«Querida ilusión» como *Covent Garden Stories 1*, Covent Garden Press Ltd., 1972

«Algo extraño» en *The Spectator*, 1960

«El clarete de 2003» en *The Complete Imbiber*, vol. 2, Putman & Co., 1958

- «Los amigos del morapio» en *Town*, 1964
- «Demasiadas molestias» en *Penguin Modern Stories II*, 1972
- «Inversión en futuros» en *The Complete Imbiber*, Cyril Ray, 1986
- «Hemingway en el espacio» en *Punch*, 1960
- «¿Quién o qué era?» en *Playboy*, 1972
- «El misterio de Darkwater Hall» en *Playboy*, 1978
- «La casa del promontorio» en *The Times*, 1979
- «Asuntos de muerte» en *Shakespeare's Stories*, Hamish Hamilton, 1982
- «La vida de Mason» en *The Sunday Times*, 1972
- «Ver el sol» en *Collected Short Stories*, Hutchinson, 1980

Todos los cuentos que figuran arriba fueron publicados juntos por primera vez en *Collected Short Stories*, Hutchinson, 1980.

«El secreto del señor Barrett», «Boris y el coronel», «Un tirón del hilo», «Fatigas y problemas», «La oportunidad del capitán Nolan» y «1941/A» fueron publicados por primera vez en *Mr. Barrett's Secret and Other Stories*, Hutchinson, 1993.

EL ENEMIGO DE MI ENEMIGO

I

—Sí, estoy al corriente, Tom —dijo el edecán mientras masticaba un pedazo de estofado—. Pero la titulación técnica no lo es todo. El trabajo de los Señales tiene otras facetas, bien lo sabes, especialmente ahora, que estamos bastante parados. Las comunicaciones siguen funcionando solas y no nos conviene empezar a sentirnos demasiado satisfechos de nosotros mismos. Mi opinión personal es y ha sido desde el primer momento que su amigo Dally es una auténtica vergüenza para esta unidad, sin importar cuánto sepa de los seis canales y de todas esas otras cajas misteriosas. En todo caso, ese es el trabajo de un instalador de líneas, no el de un oficial. Y puedo asegurarte que tengo la intención de hacer algo al respecto, ¿sabes? —Dejó el cuchillo sobre la mesa, aunque no el tenedor, y tomó tres o cuatro tragos de vino.

—Bueno, ese chico tuyo, Cleaver..., no me impresiona demasiado, Bill —repuso Thurston, que odiaba al edecán—. La única vez que le tocó guardia estaba hecho un manojito de nervios.

—Es solo falta de experiencia, Tom —dijo el edecán—. Espabilaría rápido si lo pusieramos al mando de la sección. El sargento Beech podría orientarlo hasta que le pillara el tranquilo.

—Bueno..., eso sí que me gustaría verlo. El soldado de guardia que saca a su sargento de la cama para que le sostenga la mano mientras cambia una válvula.

—Escucha, amigo. —El edecán se sacó de entre los dientes un trozo de carne y se lo comió—. Sabes tan bien como yo que el joven Cleaver tiene la mejor titulación técnica de la unidad. No es culpa suya que lo inundaran con trabajo de oficina desde que llegó. Ese chico espabilaría a ese puñado de malditos genios de las matemáticas imbéciles y de pelo largo a los que llaman sección de mantenimiento de la línea. Tal y como están las cosas, los suboficiales no persiguen a los chicos, y Dally no está interesado en perseguir a los suboficiales. No le interesa nada, excepto sus malditos diagramas electrónicos, sus marcos de ensayo y todas esas cosas.

Para ocultar su irritación, Thurston llamó al cabo de la cantina, que se quedó de pie junto a la pared en una postura a medio camino entre la de un ayudante de camarero y la posición reglamentaria de descanso. El edecán lo había instruido en el procedimiento de la cantina de oficiales, aunque no en la etiqueta del mismo.

—Ginebra con lima, por favor, Gordon... Casi mejor que esté interesado en el equipo de la línea, ¿no, Bill? Habríamos quedado bastante mal de no haber sido por él cuando salimos de Normandía y atravesamos Francia. Él solo trabajó tanto como dos de nuestros mejores hombres. E igual de bien.

—El coronel lo felicitó, ¿no? No lo envidio por eso, admito que en esa ocasión hizo un buen trabajo. No tan bueno como alguno de sus chicos, pero aun así hizo su parte. Sí, justo eso, Tom, hizo su...

—En opinión del comandante Rylands, él fue el eje de todo el asunto —dijo Thurston encendiéndose un cigarrillo con dedos temblorosos—. Y estoy dispuesto a aceptar su palabra. La guerra todavía no ha terminado, ya lo sabes. ¡Quién sabe lo que pasará en primavera! Si Dally no está por aquí para encargarse del mantenimiento de la línea para Rylands, la unidad completa puede acabar con la mierda al cuello y el personal administrativo le saltaría a la yugular. Puede que Cleaver no esté mal, estoy de acuerdo, pero, sencillamente, no podemos permitirnos el lujo de arriesgarnos.

Este era un discurso inusualmente largo para soltarle a un edecán, viniendo de alguien con un rango inferior al de comandante. Atragantado temporalmente por un bocado de estofado, el oficial comía tan rápido como podía mientras blandía el dedo índice para indicar que tan pronto como fuera capaz propondría alguna corrección rotunda a lo que acababan de decirle. Con la otra mano se rascaba la coronilla de su brillante cabeza negra, adquiriendo por un momento el aspecto de un corredor de apuestas que trabaja durante su hora de la comida utilizando lenguaje tictac. Todavía no se había repuesto del todo cuando dijo:

—Ese es el quid de la cuestión, amigo. Rylands es la raíz de todo el problema. Tenemos un mal ejemplo en uno de los puestos de mayor responsabilidad, ¿ves? —Tragó y después continuó—: Si el segundo al mando va por ahí como si formase parte del destacamento a cargo del cagadero, llamando a todos por su nombre de pila, ¿qué se puede esperar? Es inevitable: la familiaridad lleva al desacato. Su problema es que cree que sigue trabajando en Correos.

Una fuerte oleada de ira pareció desatarse en el pecho de Thurston.

—El comandante Rylands es el único oficial de campo de toda la unidad que sabe hacer su trabajo. Gracias a él y a Dally, además de al sargento Beech y a los instaladores de líneas, nuestras comunicaciones han funcionado sin problemas en esta campaña. Gracias a ellos y a nadie más. Si siguen encargándose de todo así de bien, por mí como si salen a la calle con el culo al aire.

El edecán le frunció el ceño a Thurston. Después de pasarse la lengua por los dientes de arriba, dijo:

—Pareces olvidar, Tom, que soy el responsable de mantener la disciplina de los oficiales de esta unidad. —Hizo una pausa para permitirle reflexionar sobre las implicaciones personales que esto podía tener, y después asintió con la cabeza en dirección al cabo Gordon, que se acercaba con la bebida de Thurston.

Mientras firmaba la cuenta, Thurston pensaba que Gordon probablemente habría escuchado la conversación desde el pasillo. Si lo había hecho, probablemente se lo comentaría a Hill, el ordenanza del coronel,

que a su vez probablemente informaría a su superior. Con frecuencia decían, especialmente el teniente Dalessio, el «Dally» del que hablaban, que el contacto principal del coronel con su unidad era a través de los rumores y las alegaciones que Hill y, en menor medida, el edecán le transmitían. Un pellizco de inquietud hizo que Thurston diera un buen trago y decidiera no decir nada más por el momento.

El edecán se estaba sacudiendo migas de pan de su uniforme, que era del tono verdoso utilizado por el Ejército canadiense. Esta pequeña pretensión, como los guantes color amarillo gutagamba y el bastón de bambú, quizá fuera más adecuada para un modelo de ropa masculina en la vida civil. Siguió diciendo, con su rápido y monótono graznido:

—Te aconsejo, Tom, que no arriesgues demasiado el pellejo por apoyar a un hombre que tendrá que abandonar esta unidad dentro de muy poco.

—¿Te refieres a Rylands?

—No, no, no. Por desgracia no. Pero Dally se va.

—¿Ya es oficial?

—Todavía no, pero lo será.

—No te sigo.

El edecán levantó la vista en dirección a Gordon, después se inclinó hacia delante sobre la mesa, hacia Thurston.

—Solo hace falta una cosa más —dijo tranquilamente— para inclinar la balanza. El oficial al mando no le ha quitado ojo a Dally durante un tiempo, a sugerencia mía. Conozco al viejo bastante bien, como sabes, porque pasé tres años en su compañía en el comando de North Midland. Está esperando para tomar una decisión, ¿entiendes? Si Dally la caga en un futuro próximo (si la caga de verdad), el oficial al mando actuará sin dudarle un instante. Cleaver por fin tendrá su oportunidad.

—¿Y si Dally no la caga?

—Lo hará.

—Todavía no lo ha hecho, ya lo sabes. El equipo de la terminal funciona perfectamente, y Dally lo conoce de arriba abajo.

—No estoy hablando de ese tipo de cagada. Hablo del lado administrativo y disciplinario. Esos vehículos suyos se encuentran en un estado lamentable. He pensado en llevar a cabo una inspección sorpresa en uno

de ellos, pero resultaría un poco extraño. Sonaría demasiado a discriminación. Pero algo habrá. Dame solo un poco de tiempo.

Thurston pensó en alegar que esos vehículos, aunque cubiertos del barro de meses y por lo demás poco agradables a la vista, funcionaban bien gracias a la eficiencia del cabo de la sección de transporte. En su lugar, dejó que su mente vagara hasta una de las muchas historias de la época en la que el coronel era comandante de la compañía en Inglaterra. A las tres semanas de estar al mando, había entregado su premio semanal de una libra esterlina al vehículo con mejor aspecto al conductor de un camión obsoleto con receptor de radio que estaba inmovilizado por falta de repuestos. El subteniente de la compañía había ganado una apuesta al respecto.

—Nos divertiremos un poco, Tom, amigo —continuaba diciendo el edecán con un tono tan festivo como le permitía su voz. No era consciente de que a Thurston no le caía bien. Sus propios sentimientos con respecto a Thurston eran una mezcla de respeto y condescendencia: respeto por el diploma de Oxford y el acento de Thurston, por su trabajo en un colegio privado pequeño, y por su eficiencia como oficial no técnico; condescendencia por su costumbre de leer revistas literarias y por su comportamiento y aspecto vagamente académicos. La afinidad entre el aspecto no militar de Thurston y la abierta conducta de galopín de Dalessio difícilmente podía explicar, esto dejaba al edecán perplejo, la tendencia de otro modo incomprensible que tenía el uno de defender al otro. Es cierto que se habían conocido en la unidad de entrenamiento de oficiales de Catterick, pero ¿qué tenía que ver una cosa con la otra? El edecán no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus opiniones, y en ese momento expresó el desconcierto que había ido creciendo en él durante los minutos anteriores—: Me sorprende bastante —dijo— tu postura respecto al amigo Dally. Ni siquiera sois tan íntimos... De hecho, parece que quisiera provocarte cada vez que te habla. Mi impresión es, amigo, por si te interesa, que no te tiene en cuenta en absoluto. Y, aun así, tú das la cara por él. ¿Por qué?

Thurston lo dejó pasmado cuando respondió con frialdad:

—No veo por qué el hecho de que un hombre sea italiano deba ir en su contra cuando trabaja igual de bien que el resto del puñetero ejército.

—Espera un momento, Tom —dijo el edecán, cogiendo un cigarrillo de la pitillera plateada que le había regalado su amante de Bruselas—. Eso es un poco injusto. ¿Alguna vez me has oído decir una palabra acerca de que Dalessio sea un *panini*? Nunca. Tú has sido el que lo has sacado a colación. Para mí es igual que el padre de un colega haya sido internado siempre y cuando...

—El tío.

—Vale, pues el tío. Como digo, no es asunto mío. En teoría él no tiene ningún problema de ese tipo, o ni siquiera estaría aquí. Y no hay más que hablar en cuanto a mí respecta. No se lo tengo en cuenta, para nada. No sé muy bien de dónde te has sacado esa idea, amigo.

Thurston negó con la cabeza, sonrojándose ligeramente.

—Lo siento, Bill. Debo de haberme confundido. En Catterick me fastidiaba mucho cómo algunos de los chicos le tomaban el pelo por lo de su colega Musso y todo lo demás. Supongo que ese es el motivo por el que, en cierto modo, sigo teniendo la sensación de que la gente la toma con él por ese asunto. Lo siento.

No lo sentía. Sabía a ciencia cierta que su acusación estaba bien fundada, y que el silencio del otro sobre la ascendencia de Dalessio no era más que una cuestión de prudencia. Si alguien en la cantina admiraba a Mussolini, sospechaba Thurston, era el edecán, aunque sobre eso también guardaba silencio. Le tentaba la posibilidad de indagar en sus prejuicios sobre esta y otras cuestiones, pero Thurston hizo lo posible para no sucumbir nunca a esa tentación. El edecán siempre se disgustaba mucho y a veces, según los rumores, tomaba represalias. Ya se había dicho más que suficiente, demasiado, en defensa de Dalessio.

La actitud del edecán se había vuelto afable de nuevo y, musitando una disculpa, le ofreció a Thurston un cigarrillo.

—¿Qué tal otro? —preguntó, señalando con la cabeza el vaso de Thurston.

—Sí, gracias, aunque debo marcharme en un minuto. Abrimos ese teletipo para los polacos a las veinte horas y quiero comprobar que funciona correctamente.

Dos oficiales más entraron en el comedor. Se trataba del capitán Bentham, un soldado profesional de cuarenta años que había sido subteniente

de la compañía en la India cuando estalló la guerra, y el capitán Rowney, que, además de estar a cargo de la administración de la unidad, era el oficial responsable de las comidas de la cantina. Rowney saludó con la cabeza a Thurston y sonrió al edecán, de cuyo uniforme canadiense era responsable. Él mismo llevaba una chaqueta de piel de oveja, fabricada en el mercado negro belga.

—Hola, William —dijo—. ¿Ya has ganado la guerra? —Aunque eran buenos amigos, Thurston se había fijado en que algunos de sus comentarios incorporaban una curiosa vena satírica. Bentham se sentó impasiblemente un par de sitios más allá de donde estaban ellos, pasándose las manos por su fino pelo gris.

—Tom y yo hemos estado intrigando un poco —le contó el edecán—. Hemos decidido que la carrera de cierto oficial de esta unidad tiene que terminarse.

Bentham levantó la mirada con indiferencia y se encontró con la de Thurston. Este gesto, añadido a la tergiversación por parte del edecán de la conversación que acababa de tener lugar, hizo que Thurston se sintiera ligeramente incómodo. Eso era absurdo, puesto que hacía mucho tiempo que había decidido que Bentham carecía por completo de interés, por ser el tipo de exrecluta más aburrido del ejército profesional, y que solo servía para tirar cables, supervisar cómo se tiraban cables y ocuparse de los hombres que tiraban cables. A pesar de eso, Thurston se escuchó a sí mismo diciendo: «No ha sido exactamente así», pero en ese momento Rowney le hizo al edecán una pregunta, y la protesta, ya de por sí suave, pasó desapercibida.

—Tu amigo Dally, por supuesto —respondió el edecán a Rowney.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho? —preguntó Bentham con su lento acento de Yorkshire—. ¿Cortarse el pelo?

Hubo una risa general, seguida de un pequeño silencio, mientras Gordon servía los platos de estofado a los recién llegados. Su pregunta acerca de si el edecán quería pudín de arroz tuvo como respuesta la ingeniosa e impracticable instrucción de que introdujera ese alimento por una vía que a menudo se cita.

—¿No sabes hacerlo mejor, Jack? —le preguntó a Rowney el edecán—. Es la tercera noche esta semana que tomamos tarta nupcial china.

—Lo siento, William. Hubo un pequeño malentendido entre mi amigo belga y la policía civil. Sigo buscando un compañero con un criterio adecuado acerca de cómo deben ser alimentados los oficiales de un ejército de liberación. «Con paciencia ganaréis vuestras almas.»

—¿Y qué pasa con ese Dally? —insistió Bentham—. Si vais a darle un buen escarmiento, contad conmigo.

Thurston se levantó antes de que la conversación se reanudara.

—Por cierto, Jack —le dijo a Rowney—, el joven Malone me ha pedido que te recuerde que todavía no ha recibido esos cigarrillos para los chicos que prestó a los de Comunicaciones Especiales.

Rowney suspiró.

—Dile que eso no es cosa mía, ¿eh, Thomas? He hecho todo lo que he podido. Ahora tiene que ponerse de acuerdo con los de Comunicaciones Especiales.

—Ni las cuotas de la NAAFI.¹ Me dijo que habías acordado proporcionárselas.

—Hasta la semana pasada. Ahora ya no me compete.

—Claro que sí —dijo Thurston de manera desagradable—. Según Malone, siguen sin haber recibido las de la semana pasada.

—Bueno, dile...

—Mira, Jack, explícaselo tú. Esto no tiene nada que ver conmigo, ¿vale?

Rowney lo miró fijamente.

—Está bien, Thomas —dijo abruptamente, hundiendo su tenedor en el estofado—. Yo se lo explicaré.

Esquivando la pantalla de la lámpara, que colgaba, y que en su punto más bajo no levantaba metro y medio del suelo, Thurston salió apresuradamente con su abrigo sobre el brazo.

—¿Qué reconcome a nuestro intelectual amigo? —preguntó Rowney.

El edecán se frotó la barbilla, en la que ya empezaba a crecer la barba.

1. Navy, Army, and Air Force Institutes [Institutos de las Fuerzas Navales, Terrestres y Aéreas]: organización que gestiona cantinas, tiendas, etc., para el personal militar británico tanto en Gran Bretaña como en el extranjero. También cualquier cantina o tienda gestionada por esta organización. (*Todas las notas son de la traductora salvo que se indique lo contrario.*)